España

ORGANO DE LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION

SE PUBLICA LOS SABADOS
Redacción y Administración: Tacuba, 15
Director: MANUEL ALBAR
PRECIO: 25 CENTAVOS
Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, con fecha 22 de febrero de 1944.

Año I | México, D. F., 24 de Junio de 1944 | Núm. 21

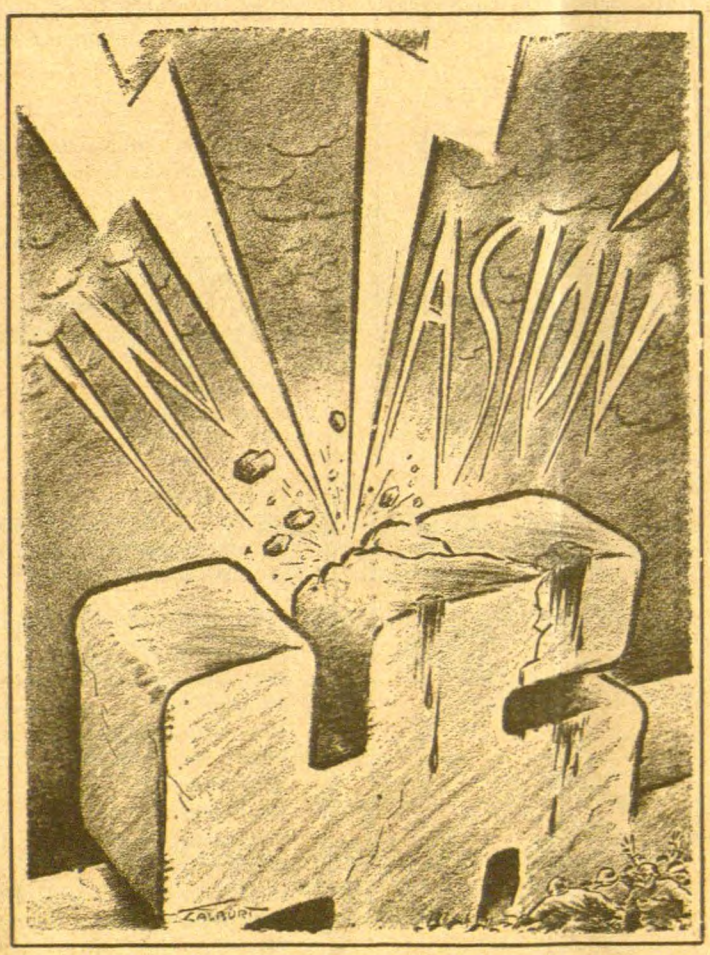
HOMBRES DE ESPAÑA

Soldados de la República

Más de dos mil republicanos españoles pelean en Italia formando parte del British Pioneer Corps, fuerza militar que toma para sí las operaciones de avanzada más duras y peligrosas. Son hombres que, después de batirse en España, rodaron por los campos de concentración de Africa padeciendo hambre y sed, soportando humillaciones y recibiendo el trato infamante de una gendarmería insensibilizada y brutal, hasta que el soplo heroico los llevó a tierras italianas como antes llevara a otros republicanos españoles a las costas de Narvik. Del comportamiento de esos hombres han hablado alguna vez, en páginas escondidas, los corresponsales de guerra. Por ellos supimos que fueron dos españoles —Fernando Estévez y José Villanueva— los primeros soldados que cruzaron el río Volturno a las órdenes del general Clark. Quienes no se consideran obligados a tenerlos presentes en su recuerdo son los gobernantes de las Naciones Unidas, y menos que ninguno Winston Churchill, sin duda porque es difícil conciliar la estimación de los republicanos combatientes con las delicadas alabanzas reservadas para el generalísimo. A remediar un poco ese olvido, deliberado y frío, tienden estas palabras que no aspiran, por supuesto, a suscitar ninguna gratitud.

No es por conquistar agradecimientos ni laureles por lo que esos republicanos se están batiendo de manera ejemplar, sino porque, a pesar de todo, incluso de los discursos de Mr. Churchill, ellos no han perdido aún el convencimiento de que pelean ahora por lo mismo que pelearon antes en España y de que, contribuyendo a la victoria sobre los alemanes, contribuyen a la victoria sobre Franco. Pero bueno será advertir—y con ello respondemos a ciertos libelistas que encuentran de gusto refinado el zaherirnos constantemente—que si hay alguien a quien no le alcance, ni directa ni indirectamente la obligación de hacerse matar en la guerra presente, somos los republicanos españoles. Si hay que hacer un reparto equitativo de sufrimientos, los nuestros se anticiparon y sobrepasaron a todos los demás sin que, por añadidura, viniera nadie en alivio nuestro. Al revés, por primera vez en la Historia la matanza de un pueblo constituyó espectáculo, y mientras los estrategas militares ensayaban en carne española sus armas nuevas, los estrategas de la diplomacia ensayaban todas las fórmulas que la cobardía y el impudor aconsejaban para mejor consumación del crimen totalitario y más cruenta agonía de la República. Si alguna vez nos llegaba el eco remoto de una voz compasiva era para pedirnos que fuéramos correctos y tolerantes con los enemigos de nuestra retaguardia y, sobre todo, que no quemáramos iglesias, menester éste que llenaban a la perfección los aviadores italianos y alemanes, cuando no los propios aviadores españoles a quienes el episcopado bendecía con arrebatado fervor cristiano. Fuera de eso, la más absoluta indiferencia exterior presidía los estragos de nuestra contienda, a cuyo término habría de darse aún el sonrojante suceso de ver cómo, humeantes todavía las últimas ruinas, los gobiernos de las grandes potencias entraban en apresurada competencia para ver cuál de ellos reconocía con mayor premura al traidor matachín. Nunca pareció el mundo tan vil, y nunca hubo tampoco hombres que tuvieran tanto derecho al orgullo como los republicanos españoles, más dignos cuanto más vejados, y más recios y viriles cuanto más vencidos. Era lo único que quedaba erguido en un paisaje internacional de miserias morales y bochornosos encogimientos físicos. Ese orgullo, al que no sabríamos renunciar, es nuestro compañero de peregrinación y el escudo en donde rebotan las burlas de los bellacos con los cuales hay que hacer camino. Y que el temple vital no se agotó en la guerra contra alemanes, italianos y falangistas lo prueban esos republicanos que, en pago a las injusticias padecidas, un día se fueron a morir oscuramente a Narvik, como antes fueron a Dunquerque, y otro día se fueron a seguir peleando en Italia. No se les citará, porque no conviene, en los discursos de los gobernantes aliados, ni se les reconocerá la gloria, ni siquiera se les permitirá levantar al viento la bandera republicana, no fuere que de ello tome enojo el enano felón de Madrid. Pero eso no añade ni quita cuando se tiene el corazón bien puesto y hay en la cabeza algo más que humo. Las pruebas pasadas restan volumen a las presentes, y con éstas nos preparamos a las venideras. Probablemente hay cierto placer para el orgullo en eso de darlo todo sin reclamar nada. En todo caso, lo que demuestra la conducta de los republicanos en los ejércitos aliados es que la fe no se les ha muerto ni el brío se les ha gastado. "Un pecho generoso—escribía Saavedra Fajardo—disimula las injurias y no las borra con la ejecución de la ira, sino con sus mismas hazañas". Esa filosofía es la que profesan, prácticamente, los soldados que la República española tiene en los frentes de batalla.

¡Cayó el Rayo!



Talburt en el Washington News

Notas de Colombia

"El Tiempo", de Bogotá, y la Junta Española de Liberación

"El Tiempo" de Bogotá, el más importante diario de la República, comentó en una nota editorial el 18 de mayo la situación general de los movimientos políticos de los republicanos españoles, con ocasión de un discurso de "Pasionaria" en Moscú, sobre la titulada Junta Suprema de Unión Nacional de Madrid. El comentario dudaba de la autenticidad de esa Junta y concluía afirmando que "no parece dudoso que el organismo presidido en México por el Sr. Martínez Barrio ofrece certeras posibilidades de lograr una acción común indispensable para devolver a España la vigencia del sistema democrático". Una respuesta del periódico comunista local, "Diario Popular", estimando que el comentario era efecto de la pluma de un exiliado español que sorprendió la buena voluntad del periódico originó una réplica concreta del Director, don Roberto García Peña, rechazando el aserto y declarando que el comentario "corresponde a nuestro pensamiento sobre lo que debe ser el movimiento restaurador de la democracia en España".

DON EDUARDO SANTOS, PRESIDENTE DE HONOR DE LA CASA DE ESPAÑA

En Junta general celebrada el sábado 3 de junio, la Casa de España de Bogotá, acordó unánimemente designar su presidente honorario al Exmo. Sr. Don Eduardo Santos, expresidente de la República de Colombia. En la mañana del 5, la Junta directiva visitó al Sr. Santos para comunicarle la designación, aceptada con muy cordiales y cariñosas palabras por el ilustre estadista colombiano.

ANTONIO JAEN EN COLOMBIA

Don Antonio Jaén Morente, antiguo profesor del Instituto de Córdoba, ex-diputado a Cortes y ex-Ministro de la República española en el Perú, fué huesped de Colombia en los días del mes de mayo. En la Universidad de Medellín explicó un breve curso de conferencias sobre temas de su especialidad y más tarde estuvo en Bogotá, ocupando la cátedra del Ateneo español y de la Biblioteca Nacional.

En el Ateneo disertó sobre el tema "Habló América", haciendo la glosa de la conferencia de don Eduardo Santos, ex-presidente de la República, pronunciada el 14 de Abril en Bogotá. En la Biblioteca, y por invitación del Centro Hebreo de Bogotá, disertó sobre la cultura hebraico-española de la Edad Media.

La Junta directiva de la Casa de España ofreció una cena al Sr. Jaén Morente.

El lunes 22 de mayo regresó a sus tareas en la Universidad Central de Quito.

ARTICULOS DE INDALECIO PRIETO EN LA PRENSA DE BOGOTA

"El Liberal" publicó en los últimos días de mayo el artículo de Indalecio Prieto sobre la posición política de Salvador de Madariaga, y con ocasión de ello insertaba una nota editorial, lamentando la división política de los republicanos españoles, e ignorando, por ejemplo, la existencia y programa de la Junta española de Liberación.

"El Tiempo" ha publicado un artículo de Prieto sobre León Blum, que fué muy elogiado entre los lectores.

PUBLICACIONES DEL PROFESOR CUATRECASAS

El ilustre botánico español José Cuatrecasas, ha continuado la publicación de sus admirables trabajos sobre la Flora Colombiana. El último de ellos ha sido editado por la Escuela de Agricultura Tropical de Cali, y se dedica especialmente a la flora y fitogeografía del territorio del Valle del Cauca. El profesor Cuatrecasas dirige ahora la Escuela mencionada, después de haber realizado valiosos trabajos en el Instituto de Ciencias Naturales de Bogotá, donde fundó la revista científica "Caldasia", hace unos años.

UN COMPOSITOR ESPAÑOL

El maestro José María Tena, excelente zarzuelero y director de orquesta, ha estrenado con gran éxito, el viernes 2 del actual la zarzuela de ambiente colombiano "El retorno", letra de Don Ricardo Castillo. Los números de la partitura fueron repetidos entre grandes aplausos del público, que llenaba la sala del Teatro Municipal.

OSSORIO Y GALLARDO

Se anuncia el próximo viaje a Colombia de Don Angel Ossorio, invitado por la Universidad de Popayan.—CORRESPONSAL.

GLOSA

El homenaje a C. Esplá

Un grupo de republicanos españoles, le rindió homenaje a Carlos Esplá, por sus brillantes escritos en el semanario "España". Y aquél, para corresponder a tan cariñosa distinción, les ofreció, de su enjundiosa ironía, su magnífica valija, "Platero en Italia".

Si el homenaje fué justo, el reconocimiento, en forma de composición literaria, no fué menos expresivo.

"Platero" es un burro que, como todos los que conviven y cooperan con el hombre, cumple con su deber. Pero la cultura y buen gusto de Carlos Esplá, ha burocratizado a tal jumento, no sin haberle recordado sus servicios bíblicos, ofreciendo sus pacientes lomos para que Jesucristo hiciera su entrada triunfal en Jerusalén. En realidad, no fué un mérito del asno, por el que haya que reconocerlo, sino del buen juicio de Nuestro Señor, que prefirió hacer su entrada en honrado burro, antes que a lomos de persona; pongo por ejemplo, del general Milán Astray, exaltado falangista español, que odia la inteligencia. Sin embargo, confieso que, a mí, lejos de repelerme, me atraen las simpatías del cumplidor animal, hacia las consideraciones concretas de la reflexión. ¡Quién sabe, si con su célebre soplido de la flauta, no dejó la escuela, por lo menos, para músicos y oradores...! Sinceramente creo, pues, que el burro tiene lo mejor del hombre; y el hombre lo peor del burro. Y siempre, en mis humanistas apreciaciones, preferí el burro al burrero; porque aquél, sufre y trabaja y éste, maldice y manda a palos. Entonces, ¿qué diferencia filosófico-social existe entre los que trabajan y no comen y los que comen y no trabajan? La misma que existe entre el burro y el burrero. Y si la colectividad se preocupa, con harta razón, en resolver tales desigualdades, bien debiérase, al término de la terrible guerra que asuela al mundo, incluír —con permiso del Sr. Churchill— ésta nueva reivindicación, aunque la guerra sea cada vez menos idealista, porque el burro también tiene sus aspiraciones y está dando su sangre por la paz y la libertad del mundo.

Yo confieso, sin rodeo alguno, que se trata de un caso "sui géneris" y que muchos hombres, en algunos encumbrados puestos, no rindieron mayor fruto que podrían rendir otros burros "que en el mundo han sido..."

Sin rubor alguno, declaro que en mi vida periodística, por ejemplo, o en mi larga vida de funcionario civil, he sentido más la complacencia de la vida anónima, del trabajo práctico, de la vida de burro, que de la exhibición vana y ridícula del burrero. Ni nombre, ni fama. Todo lo lego, como "Platero", a la historia de la mediocridad.

Carlos Esplá ha sido homenajeado por un grupo de republicanos españoles, "deliberadamente restringido." Ello explica muchas ausencias. Y, también, muchas simpatías. Se le celebra, por su amena y valiosa "Valija Indiscreta", en la excelente publicación semanal "España". Pero, acaso, los que le conocemos y oímos con frecuencia, ¿no sabíamos ya de sus dotes de argumentador fino y sutil?

Todo su razonamiento, unas veces afilado, hiriente otras, envuelto siempre entre cultura y buenos modales, ¿qué es, sino condición enciclopédica de la sátira? Toda la burla, fría, disimulada, carente de nervio y de gesticulación ¿qué es, sino condición primordial y psíquica de un espíritu irónico? Toda exposición, todo párrafo, alternando la gracia con la ironía, lo alegre con lo triste, ¿qué es, sino el complejo exhuberante de un humorismo racial?...

Carlos Esplá, es ya conocido mejor, porque es juzgado por muchos más. Bueno es que los valores de la República española, se analicen, se conozcan, se revelen en cuantas manifestaciones de riqueza —política, literaria, científica o artística— la República posee. Ello será reconocimiento entre españoles, que amando todos una sola causa, aprenderán a amarse entre sí. Es la compenetración insensible de la unidad en las masas, que se descomponen antagónicas, por pequeños prejuicios, u odios personales. ¡Ojalá que el homenaje al Sr. Esplá, sencillo y familiar, pero efectivo y patriótico, sirva de base para el reconocimiento de otros valores de la emigración! Y así, pensando en los españoles, sin odios ni rencillas, llegaremos, al fin, a pensar todos en España.

Luis VELASCO DAMAS

Una proposición del diputado norteamericano John M. Coffée

"Ruptura con Franco y auxilio a los republicanos españoles"

El diputado norteamericano John M. Coffee, que se ha distinguido por su actitud resuelta frente al régimen franquista, ha presentado a la Cámara de Representantes una proposición en la que se pide la ruptura de relaciones con Franco y el envío de armas, municiones, medicinas y víveres a los republicanos españoles para que organicen la rebelión contra el dictador. Refiriéndose a los peligros que el régimen franquista significa, el diputado Coffee se apoya entre otros razonamientos, en los siguientes:

El gobierno republicano de España, que representa al pueblo, sería garantía de paz en la Europa del futuro y eliminaría el peligro de los fascistas, nacionalistas y enemigos de los Estados Unidos en las naciones latinoamericanas.

Falange, partido oficial de España intenta crear un imperio español y reforzar los vínculos culturales, económicos y de intereses con la América Latina; ese partido ha estado trabajando abiertamente para reclamar las islas Filipinas, Puerto Rico y Cuba para el imperio español y trabaja activamente contra los Estados Unidos en las naciones iberoamericanas.

Las organizaciones falangistas en las veinte naciones latinoamericanas se dedican a fomentar la causa del Eje y se ha pedido a sus miembros que actúen como espías militares y propagandistas del mismo. Los jefes de Falange en la América Latina están facultados por el gobierno español para dominar las legaciones, embajadas y oficinas consulares españolas en los países americanos.

Las guerrillas republicanas están activas dedicándose a destruir las remesas de materias primas españolas y latinoamericanas destinadas a Alemania a través de Francia y a destruir también los aeródromos y otras instalaciones nazis en España.

Ahora que hemos invadido a Francia ha llegado el día de ajustar cuentas con Franco. Sus crímenes contra el pueblo de los Estados Unidos y contra las democracias, no serán olvidados.

Estamos en guerra a causa de que nos negamos a creer que estaban cargados los cañones apuntados a nuestras cabezas por el fascismo italo-alemán-japonés. El arma con que Franco, pelele de Adolfo Hitler, apunta a nuestra cabeza, está cargada también y a menos que se proceda ahora, los primeros disparos de la tercera guerra mundial serán disparados en España.

El general nazi Wilhelm von Faupel, que dirigió a las fuerzas alemanas en la batalla de España, declaró en Berlín en 1938, simultáneamente con la asamblea panamericana efectuada en Lima, Perú, que "la victoria de España fascista cimentará nuestras relaciones con la América Latina y será un rudo golpe para la política de buena vecindad del presidente Roosevelt".

Después de la captura de Manila por los japoneses, se pidió a los diplomáticos que prepararan listas de los norteamericanos considerados como sumamente peligrosos para el Japón, y todos los diplomáticos se negaron, con excepción de José del Castaño, cónsul general español en Manila y jefe de la Falange Española de las Filipinas. Todos los norteamericanos cuyos nombres aparecían en la lista preparada por Del Castaño, fueron fusilados.

Termina Mr. Coffee diciendo que, en vista de que la guerra no puede terminar hasta que los nazis sean expulsados de España y se garantice al pueblo español la ayuda de los Estados Unidos contra el enemigo común, pide el estudio inmediato de su iniciativa por parte del Congreso y la atención del Presidente Franklin D. Roosevelt.

Burck en el Chicago *Daily News*.

Los presupuestos de la España franquista

El boletín Oficial del gobierno franquista ha publicado los Presupuestos Generales, ordinario y extraordinario, para el ejercicio económico de 1944. He aquí las cifras que se prestan a muy sabrosas consideraciones:

RESUMEN DE GASTOS

OBLIGACIONES GENERALES DEL ESTADO.	
Jefatura del Estado	2.986.579,52
Cortes Españolas	12.342.500,00
Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.	163.890.776,29
Deuda Pública	1.580.672.219,10
Clases Pasivas	511.376.920,00
Tribunales de Cuentas	2.114.300,00
	2.273.383.294,91
OBLIGACIONES DE LOS DEPARTAMENTOS MINISTERIALES	
Presidencia del Gobierno	53.201.444,45
Ministerio de Asuntos Exteriores	90.268.774,00
Ministerio de la Gobernación	1.164.046.028,66
Ministerio del Ejército	1.990.399.320,07
Ministerio de Marina	341.073.080,75
Ministerio del Aire	432.306.822,50
Ministerio de Justicia	295.497.276,22
Ministerio de Industria y Comercio	108.112.332,52
Ministerio de Agricultura	85.810.995,12
Ministerio de Educación Nacional	512.433.112,54
Ministerio de Obras Públicas	818.645.042,49
Ministerio de Trabajo	156.092.327,74
Ministerio de Hacienda	106.124.295,72
Gastos de las Contribuciones y Rentas Públicas	214.713.767,77
Participación de Corporaciones y particulares en ingresos del Estado	894.218.353,75
Acción de España en Marruecos	581.514.883,91
Obligaciones a extinguir de los departamentos ministeriales	212.426.148,19
	8.056.884.006,40
RESUMEN: Obligaciones generales del Estado	2.273.383.294,91
Obligaciones de los departamentos ministeriales	8.056.884.006,40
Total	10.330.267.301,31

RESUMEN DE INGRESOS

Contribuciones directas	4.042.054.792,00
Contribuciones indirectas	3.942.402.000,00
Monopolios y servicios explotados por la Administración	1.717.515.000,00
Propiedades y derechos del Estado	206.261.500,00
Recursos del Tesorero	422.055.224,00
Total	10.330.288.516,00

RESUMEN DEL PRESUPUESTO EXTRAORDINARIO

OBLIGACIONES GENERALES DEL ESTADO	
Agrupación única. Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.	10.000.000,00
OBLIGACIONES DE LOS DEPARTAMENTOS MINISTERIALES	
Presidencia del Gobierno	104.773.898,58
Ministerio de Asuntos Exteriores	17.854.101,36
Ministerio de la Gobernación	177.135.575,87
Ministerio del Ejército	673.043.532,00
Ministerio de Marina	405.000.000,00
Ministerio del Aire	225.413.348,00
Ministerio de Justicia	35.559.962,90
Ministerio de Industria y Comercio	200.000,00
Ministerio de Agricultura	40.650.000,00
Ministerio de Educación Nacional	54.000.000,00
Ministerio de Obras Públicas	659.000.000,00
Ministerio de Trabajo	147.883.792,00
Ministerio de Hacienda	71.543.368,04
Acción de España en Marruecos	4.500.000,00
	2.616.557.578,75

PRISMA POLITICO

Mr. CHAMBERLAIN HA RESUCITADO

El prestigioso escritor Antonio Ortega ha publicado en la gran revista "Bohemia", de la Habana, el artículo que reproducimos seguidamente. Es una crítica minuciosa, precisa y aguda del discurso de Winston Churchill que tantos comentarios produjo. No es de los menos interesantes el de Antonio Ortega y por eso nos ha parecido que debíamos darlo a conocer a nuestros lectores.

Las recientes palabras de míster Winston Churchill ante el Parlamento británico que tan mala impresión han causado entre los elementos democráticos del mundo entero y que tanta satisfacción han producido en los medios reaccionarios y fascistas, no representan otra cosa que el abandono total de la generosa, comprensiva e inteligente política que llevara el actual "Premier" inglés a las relaciones exteriores de la Gran Bretaña y el retorno a la egoista y estúpida política chamberlainiana que desembocó en esta guerra. Es una política que dice, llana y cínicamente: "No peleamos por ningún principio ideológico. Lo que queremos es conservar nuestro imperio tan solo. La política interna de las demás naciones no nos interesa lo más mínimo. Son naciones amigas aquellas que comercian con nosotros dándonos toda clase de facilidades. Todo lo demás nos importa un bledo".

Es decir volvemos a la época aquella en la que se oía decir en pleno Parlamento británico: "Lo que se ventila en España no vale la vida de un solo marinero inglés". Volvemos a la época de la "diplomacia realista" que hizo posibles el Pacto de Munich y el cobarde ataque a Pearl Harbor. Volvemos a aquella época que con tan nobles y duras palabras condenó una y otra vez míster Winston Churchill que ahora se levanta en el Parlamento inglés a agradecer a Francisco Franco el que éste, siendo neutral, no haya atacado al Imperio británico. (Tan peregrina teoría nos recuerda el caso de aquel buen señor que refiriéndose a cierto vecino suyo decía: "—Es una excelente persona. Me he encontrado con él en varias ocasiones, en descampado, y todavía no me atracó ni una sola vez").

Se nos hace muy duro creer que Mr. Churchill—espíritu lúcido, agudo y humorístico— sea el autor de tan infelices declaraciones lubricadas de tan ingenuos argumentos. Si el comportamiento del dictador español ha sido tan excelente como él asegura, resulta insigne maldad privar de petróleo, como se ha hecho hace unos meses a tan notorio amigo. Y si su conducta no ha sido tan amistosa como míster Churchill pregona, ¿a qué, entonces, dar ese visto bueno a la actuación del sangriento dictador español?

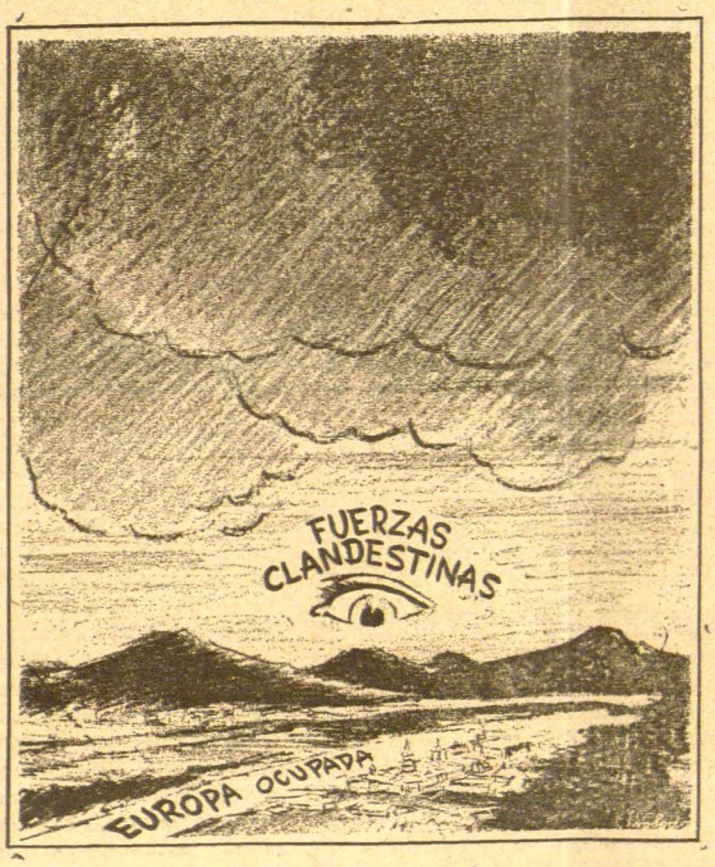
Ya a principios del año pasado, el super católico y reaccionario míster Carlton J. Hayes dijo en unas declaraciones públicas que "la victoria de las Naciones Unidas no significará necesariamente el fin del actual gobierno español". Pero semejantes declaraciones no eran de extrañar en míster Hayes que era novato en el cargo. Ahora bien, sí llamó la atención que dicho criterio fuera compartido por Sir Samuel Hoare—rostro de cuarcita, conducta imperturbable— quien estaba al tanto de las cosas de la España del Generalísimo de largo tiempo atrás. Sir Samuel sin pestañear, había oído decir al Caudillo: "A las naciones como a los individuos el oro acaba envileciéndolos. Elocuente es el cambio de cincuenta destructores viejos por diversos girones de un imperio". Sí, Sir Samuel había oído ésto y había oído también que "las simpatías de España y particularmente de la juventud española están con el pueblo alemán que combate al comunismo". Había oído ésto de los labios del Caudillo y de los mismos labios había oído que "los aliados han perdido la guerra y su política para la liberación de las naciones invadidas es una farsa en la que nadie cree". Y sus aristocráticas orejas habían escuchado asimismo que "Stalin ya se ha aliado a las democracias y ahora que se ha mezclado la sangre de nuestra juventud y la de los soldados del Eje totalitario, reitero nuestra fe en los destinos de España, en nuestro Ejército y en la Falange". Y le habían dicho también: "Ideológicamente formamos con propia personalidad en el bloque de los movimientos de las naciones revolucionarias —socialistas o sindicalistas— en oposición a la democracia y el comunismo". Pero Sir Samuel se había empeñado en sacar a Franco adelante y no tomaba en consideración ni las declaraciones oficiales ni los ladrillazos espontáneos y extraoficiales de los falangistas.

Hace próximamente un año los acontecimientos volvieron a complicarse. Tres graves problemas demandaron el urgente traslado del diplomático inglés desde Madrid al Pazo de Meiras que es donde veranea el Caudillo. Rusia seguía encontrando soldados españoles en las filas de soldados alemanes que hacía prisioneros. Franco se había apropiado de todos los barcos que el hundimiento del régimen fascista italiano había arrojado a sus playas. El acero alemán continuaba siendo tan duro y tan excelente como en los primeros días de la guerra. Es decir, se trataba de la División Azul, de los barcos italianos incautados y de la wolframita. Sir Samuel quería llegar a un acuerdo sobre estos tres puntos. Esto fué en agosto. Franco dijo que lo pensaría. Tardó en pensarlo diez meses: desde el verano de 1943 a mayo de 1944. Al fin, y previo un embargo de petróleo. Franco retiró la División Azul de Rusia —la verdad es que, previamente, había sido "retirada" por los rusos— devolvió cinco barcos que no le pertenecían y prometió mandar tan solo "cargamentos simbólicos" de wolframita a Alemania. Esto fué un triunfo para la diplomacia británica según dijeron. Cuando menos como tal lo reconoció míster Churchill cuando dijo: "Nuestro Embajador merece todos los elogios por la influencia que rápidamente adquirió en Madrid. Influencia que continuamente sigue aumentando". Pero la verdad es que mientras Inglaterra estuvo sola enfrascada en su heróica pelea contra Alemania la influencia de Sir Samuel en Madrid fué prácticamente nula. No sólo iban a vocear bajo sus balcones la consigna "¡Gibraltar para España!" sino que incluso le rompían los cristales de la Embajada a pedradas. Si hoy conviene que se olviden incidentes de esta clase, bien está; pero que conste que han sucedido. Lo cierto es que fué necesario que británicos y norteamericanos desembarcaran en el norte de Africa, fué preciso que fuera invadida Italia y derrocado el régimen de Mussolini para que Sir Samuel por actos heróicos no imputables ciertamente a su conspicua personalidad, comenzara a adquirir rápidamente influencia en Madrid. Fué por tanto la razón de las armas y no las habilidades de los apaciguadores la que consiguió que el Caudillo abandonara su abeligerancia por la neutralidad y luego ésta por ese estado de cosas de ahora que no sabemos todavía cómo habrá de calificarse.

Pero lo que sucede es otra cosa. Lo que sucede es que el Partido Conservador inglés, responsable en gran parte de la actual guerra que asuela al mundo, ha vuelto a levantar cabeza, la cabeza escondida bajo el ala mientras los acontecimientos marcharon mal, pero que ahora que las cosas van bien quiere de nuevo resucitar su antigua política egoísta, desleal y en el fondo, descaradamente ingenua. Míster Churchill es la víctima propiciatoria de esa política resurrecta que terminará por arruinar su recia personalidad. Porque míster Churchill ha comenzado a dejar de ser el hombre de Inglaterra para convertirse en el político del Partido Conservador británico; es decir, un míster Chamberlain cualquiera. Los que le admiramos como claro exponente del coraje y tenacidad de su gran pueblo, nos dolemos hoy de verle transformado en un político de tantos, atento a los intereses más reaccionarios e imperialistas de su partido.

Se ha vuelto a la política de Munich. Se pacta y se transige con los dictadores con tal que éstos pongan las naranjas baratitas—aunque a veces lleven bombas— en el mercado de Londres, y mientras se cubran las formas fascistas aunque sea con taparrabos. Que millares de españoles permanezcan encarcelados, que en España prevalezca una brutal dictadura totalitaria semejante a la de Alemana, Italia y el Japón, eso nada importa. Pero no es esto solo. Se admite—y es Mr. Churchill quien lo admite en su infortunado discurso—

¡Fijo el Ojo!



Svoboda en el Brooklyn *Eagle*.

—que "España, cuyo partido dominante se hallaba bajo la influencia de Alemania porque ésta la había ayudado de manera tan decisiva en la guerra civil..." Se admite que "si de cierta manera los españoles se han mostrado indulgentes a la vista de los submarinos alemanes o si continúan sus exportaciones activas con destino a Alemania, no fueron menos indulgentes con nosotros, a mi modo de ver, mostrándose sordos y ciegos ante la situación de Gibraltar". (Sordos y ciegos, acaso; pero mudos no, pues puntualmente han estado reportando a los alemanes las actividades habidas en Gibraltar. Es decir, se trata de que los demás ni oigan ni vean. Con eso ya es suficiente. Aquello de "respetar el derecho de todos los pueblos a elegir el régimen de gobierno bajo el cual han de vivir, y desear que se restituyan los derechos soberanos y la independencia a los pueblos que han sido despojados de ellos por la fuerza", ha pasado a mejor vida. La Carta del Atlántico se hundió en el Pacífico juntamente con el "Príncipe de Gales" en cuya cubierta se había firmado. Todo ello a beneficio de Francisco Franco y en contra de la legalidad del pueblo español. Todo ello a cambio de cinco barcos y unas cuantas toneladas de wolframita... Si esto no es chamberlinismo puro, que venga el Sumo Hacedor y lo vea.

Se vuelve a seguir la política que desencadenó esta guerra. No existen principios universales de decencia internacional, sino intereses particulares ante cuya vigencia todo es válido. No se pelea por el triunfo de indeclinables derechos del hombre—de todos los hombres—, sino por los intereses materiales de ésta o aquélla nación. Los pueblos han sido una vez más engañados por sus dirigentes y en el mundo continuará habiendo ciudadanos de 1a., de 2a. y de 3a. clase. El cinismo ha vuelto ha ser norma política en las relaciones internacionales. Todo lo que no vaya directamente contra nosotros es tolerable. Aquello que lesione de cualquier forma nuestros particulares intereses es intolerable. Mr. Chamberlain—cuello de pajarita, facciones acartanadas, paraguas— ha resucitado. Mientras Franco sea ciego y sordo todo va bien. Que el Caudillo sea un dictador fascista es lo de menos, todo el dolor y sufrimientos de un pueblo de veintiséis millones de habitantes nada valen ante la vida de un solo marinero inglés. Para eso murieron millares de españoles, para esos millares de republicanos españoles se encuentran en los campos de concentración alemanes, para eso millares de republicanos españoles pelearon y murieron en Narvik, y en El Alamein, y en el Sangro... Y para eso murieron y están muriendo millares y millares de norteamericanos, ingleses, rusos, franceses, polacos, griegos, yugoeslavos... Solamente para eso. Para que hoy Mr. Winston Churchill se levante en pleno Parlamento inglés a agradecer públicamente a Francisco Franco el que éste no haya atacado a Inglaterra siendo neutral.

¿No se han palpado todavía los resultados de esa política indecisa y torpe? Francia e Inglaterra trataron de apaciguar a las naciones del Eje a costa del sacrificio de la legalidad republicana española y de la independencia checa y el resultado fué la guerra. En plena guerra contra Alemania las democracias trataron de apaciguar a Italia en la pelea cuando más daño podía hacer a las democracias. Luego, y a costa de China, se trató de apaciguar al Japón mandándole chatarra y petróleo y el resultado se llamó Pearl Harbor. Se trató de contemporizar con Petain y se "inventó" a Darlán y el resultado fué el hundimiento de la Flota gala. Se persistió en ignorar a De Gaulle y se "creó" a Giraud —que comprendiendo que trataban de jugar con él se retiró patrióticamente a la vida privada—, y no hubo otro remedio que aceptar al fin a De Gaulle, a un De Gaulle receloso y ofendido lógicamente. Se encumbró a Mijailovitch excesivamente para luego dejarle abandonado a su suerte y reconocer al Mariscal Tito. Se ha insistido en imponer el rey de Grecia a sus súbditos y el resultado fué la sublevación de la flota helena en Alejandría. Se pactó con Víctor Manuel —tan responsable y más ruin aún que el propio Mussolini— y se aupó a Badoglio al poder mientras verdaderos demócratas como Sforza y Croce era inutilizados forzándoles a claudicar ante la opinión pública de su país al obligarlos a acatar un régimen que repugnaban. Y ahora le ha llegado el turno a Francisco Franco. Por sólo cinco barcos italos incautados y un par de miles de toneladas de tungsteno se respalda alegremente desde el Parlamento británico a este dictador fascista y se le afianza en su tambaleante puesto sembrando la desesperanza y el escepticismo en el corazón no sólo de los demócratas de España sino de todos los demócratas del mundo. Se llega incluso a decir que "no podremos permitir que se organice ninguna forma de fascismo en cualquier país con quien hayamos estado en guerra", de lo que se infiere que en cualquier país que no haya estado en guerra con Inglaterra podrá organizar la forma de fascismo que más le acomode

Y resulta curioso el razonamiento que Mr. Churchill utiliza para justificar esta defección fundamental a la que le ha empujado su partido. Claro que "los asuntos internos de España son cuestión que atañe sólo a los españoles", aunque otra sea la opinión de quienes están tratando de imponer a dicha desgraciada nación un rey averiado —hemofílico— y tonto de cabeza, aunque educado en Inglaterra. Pero una cosa es que los asuntos internos de España atañan sólo a los españoles y otra muy distinta que el jefe del Gobierno británico haya roto en menudos pedacitos la Carta del Atlántico y haya invalidado con sus declaraciones la existencia de las cuatro libertades tan generosamente ofrecidas por el Presidente de los Estados Unidos a todas las naciones de la tierra.

Es en esa política, que tan malos resultados dió, en la que hemos recalado otra vez. Una política miope que no parece darse cuenta de nada de lo que está pasando en el mundo, que incluso no quiere ver como al realismo británico se está oponiendo, por la fuerza de los hechos, el idealismo soviético. Porque estamos asistiendo a un paradógico espectáculo: mientras la materialista Rusia está utilizando todos sus recursos emocionales para la movilización del entusiasmo ideológico, la idealista y conservadora Inglaterra se halla emperrada en la defensa de intereses puramente materiales —islas, concesiones— a costa de algo que vale más que la propia India con todas sus riquezas, a costa del respeto mundial que merecía su causa. Y Mr. Churchill parece haber olvidado que sólo son imperecederas las causas capaces de tocar en todos los corazones y que para defender lo exclusivamente de uno siempre nos hallamos absolutamente solos.

Una vez más España ha sido sacrificada a poderosos intereses ajenos a los españoles. Lástima grande que haya sido mister Winston Churchill —que tan nobles palabras pronunciara en defensa de la República Española— el encargado de llevar a cabo este sacrificio que no ha añadido una sola gota de prestigio a su brillante historia política como no sea en forma de borrón que, de rechazo, cae sobre el gran pueblo que gobierna y sobre la causa democrática mundial.

"Desertaron entonces las democracias —dijo recientemente don Indalecio Prieto en el Centro Republicano de La Habana refiriéndose a cómo Francia e Inglaterra abandonaron a la República Española—. ¿Desertarán también ahora?"

Y se respondió, presintiendo este rudo golpe para la causa republicana: "He ahí la pregunta angustiosa que a diario me hago. Esperamos que no. Esperamos que los principios de la Carta del Atlántico no naufraguen, como naufragó el acorazado "Príncipe de Gales", sobre cuya cubierta se suscribió; esperamos que las palabras prometedoras de los dos jefes de las grandes democracias de Europa y América lleguen a ser realidad; esperamos también que los hechos se ajusten a las palabras elocuentes de Cordell Hull, porque si el ajuste no se verificara, los republicanos españoles tendríamos que agachar definitivamente la cabeza y, dejando que las lágrimas asomaran a nuestros ojos, exclamar: ¡No hay redención!"

No, no hay redención para los republicanos españoles. Míster Neville Chamberlain —cuello de pajarita, facciones acartonadas, paraguas— acaba de resucitar entre los muertos.

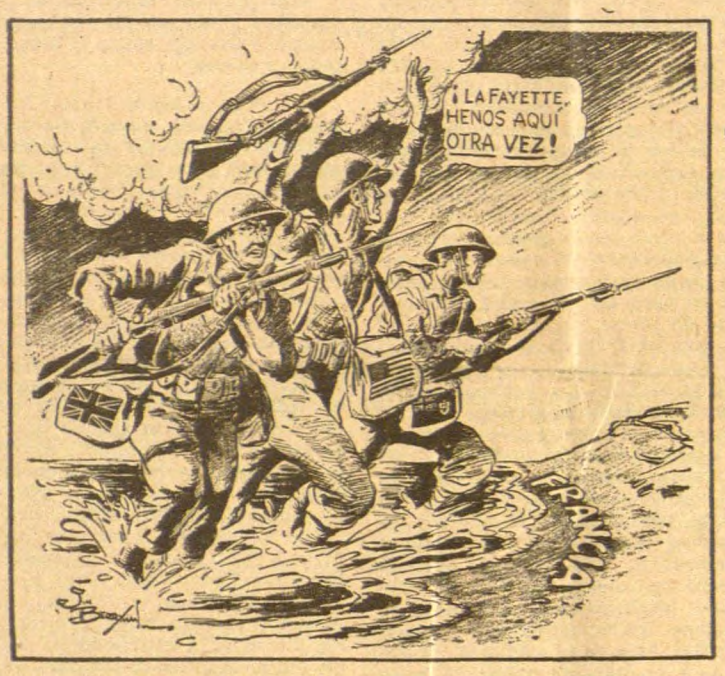
notas de la SEMANA

LA GUERRA ES ASI

Sí, es difícil hacer lirismo en presencia de un soldado agonizante o lanzar vivas victoriosos ante los lamentos de los heridos que temen morir. Karl H. Wiegand, comentarista de guerra, está en lo cierto cuando lo dice. A distancia tal vez resulte sencillo tomar como tema poético la guerra, que es lo que hizo la lira de bronce fascista "porque —escribía Marinetti en los días dorados del fascismo— completa la belleza de una pradera florecida con sus cañones, orquídeas apasionadas, y porque rejuvenece el cuerpo masculino y hace a la mujer más deseable". Pero en las alambradas y en los campos fangosos de batalla, la cosa resulta bastante diferente. Sería curioso saber cómo piensan ahora los italianos de los versos de Marinetti, buenos para ilustrar las acrobacias bélicas del fascismo cuando no había guerra, pero no para servir de responso a los muertos en las "praderas florecidas". La guerra es algo más terrible que todo eso para que nadie se permita veleidades retóricas a costa de los hombres que la hacen. Las fanfarrias militares, los cantos de combate, el vino heroico de las proclamas, las trompetas de la victoria, cuando se alcanza, no bastan a encubrir toda la espantosa fealdad de la guerra, toda su monstruosa ignominia. En el fondo del conflicto bélico está siempre, punzante y amarga, la inanidad del hombre como entidad moral, el irremediable fracaso de todo lo que constituía la sal de la vida, el triunfo sangrante de la barbarie que periódicamente vuelve por sus fueros y le pone sitio a la civilización. Por eso es explicable que los hombres, para matar y dejarse matar, necesiten del mito que les promete una vida más pura y gustosa de la que conocieron antes. Lo único capaz de ennoblecer y embellecer, si cabe, la matanza, es la convicción de que se lucha por un ideal, es decir, por el mito de la libertad, exactamente el que ahora se trata de escamotear como factor primordial de la contienda... sin duda para evitar que luego sea invocado como prenda de la paz. "El hombre, como la filosofía lo define —escribía el malogrado José Carlos Mariátegui— es un animal metafísico. No se mueve fecundamente sin concepción metafísica de la vida. El mito mueve al hombre en la Historia. Sin un mito la existencia del hombre no tiene sentido histórico..." Y el mito, que puede ser religioso o político, es, en efecto, el que impulsa los ánimos, alimenta la fe y obra los milagros del heroísmo. Si a la guerra presente se le quitara lo que tiene de cruzada ideal por afianzar en la tierra el mito de la libertad, que el totalitarismo quiso desarraigar para siempre en nombre de otro mito bárbaro, el de la fuerza, automáticamente quedaría desnaturalizada, desvalorizada, mejor dicho, en la conciencia de millones de hombres que están logrando el triunfo a cambio de sacrificios innumerables y a quienes lo más trágico que podría ocurrirles es que fueran a morir sin saber por qué. O sabiendo, lo que sería más grave aún, que morían por causas ajenas a su interés, a su voluntad y a sus sentimientos...

FRANCIA Y SU GOBIERNO

En la medida que ello es posible, el general Charles De Gaulle acaba de probar inequívocamente, a través de su rápida excursión a las tierras liberadas de Normandía, la bondad de los títulos que alega para llamarse representante auténtico del pueblo francés. Dondequiera que el general puso la planta, una muchedumbre emocionada le aclamó con fervor y le otorgó implícitamente sus votos al reconocerle como el intérprete verdadero de su voluntad. Precisamente iban a cumplirse cuatro años desde que, dando réplica a la voz cansada del mariscal Pétain, el general De Gaulle levantaba en Londres la bandera de la resistencia, en la que tan pocos creían entonces. El mismo Hítler, en un discurso pronunciado en enero de 1942, aseguraba que si Churchill, en 1940, "había creído, en un momento en que el frente del Oeste se había derrumbado, poder continuar la guerra, fué únicamente porque conocía ya la ayuda americana y, ante todo, como consecuencia de los acuerdos que había establecido con la Rusia soviética". Sobra decir que el argumento no tenía consistencia ninguna ni perseguía otra finalidad que la de justificarse ante los alemanes por no haberles servido aún la victoria que les había prometido como segura para mucho antes. Hay indicios, en cambio —y autores que lo afirman— de que Hítler pensaba en el hundimiento moral de Inglaterra tan pronto como Francia estuviera puesta fuera de combate. ¿Es cierto, como alguno de esos autores afirma, que Hítler no pensó en el asalto a las islas británicas ni el ejército alemán estaba preparado para ello? Como fuere, el gesto del general De Gaulle cuando tan pocas esperanzas inspiraba la capacidad defensiva de Inglaterra no hace sino subrayar con trazo enérgico la decisión del general, decisión, ¡ay!, que habría de necesitar luego muchas veces no para hacer frente a los ejércitos enemigos, sino para no humillarse ante los gobiernos amigos. La última, por ahora, en que ha necesitado demostrarla ha sido con motivo de las operaciones militares de invasión y de la administración civil de los territorios rescatados, facultad esta última que el general Eisenhower pretende retener y que el general De Gaulle reclama para sí y para las autoridades designadas por el gobierno que preside. Ese es el punto espinoso del problema. ¿Es un gobierno o no lo es el Comité de Argel? Hace unos cuantos días cinco gobiernos en el exilio —el checo, el belga, el de Luxemburgo, el de Polonia y, después, el de Yugoeslavia— contestaron afirmativamente otorgándole el reconocimiento consiguiente. Pero el gobierno de los EE. UU., inexplicablemente obstinado en el pleito, no da señales claras de ceder, complicando en su actitud, por añadidura, a lo que parece, al de la Gran Bretaña. De ahí que el general De Gaulle, dispuesto a reñir cuantas batallas sean menester en el campo político —batallas que, por ahora, ha ido ganando a fuerza de mantener sin titubeos su derecho y su criterio— haya querido pulsar en Francia el corazón de su pueblo y ofrecer el resultado a quienes le regatean representación. La experiencia le ha sido, como era lógico esperar, favorable, y se repetirá, en proporciones mucho mayores, cuando suene la hora de que las tropas francesas de liberación tengan un papel principal en la batalla para la recuperación de Francia. Y es natural que así sea. El hombre que supo conservar erguido el prestigio de Francia cuando todo era desfallecimiento o claudicación, bien merece ser quien la simbolice cuando Francia se pone nuevamente en pie.



Berryman en el Washington *Star*.

EL DIPUTADO COFFEE ACUSA

El diputado norteamericano John M. Coffee ha vuelto a poner el dedo en la llaga de Falange. En una nueva proposición presentada a la Cámara de Representantes, Mr. Coffee solicita la ruptura de relaciones con el gobierno de Franco, fundando su petición no sólo en los vínculos que atan al caudillo con Alemania, sino en la acción disolvente que la España fascista desarrolla en América. Piensa Mr. Coffee que, una vez llevada a cabo la primera fase de la invasión de Francia, ha llegado el instante oportuno para ajustar cuentas con Franco y eliminar el peligro que el régimen falangista representa para la democracia y, de manera especial, para los EE. UU. No hay hipérbole en las palabras del diputado norteamericano, aunque lo seguro es que caigan en el vacío oficial que, inexplicablemente, espera a todas las llamadas de atención sobre la política de España. Lo que ahora denuncia el diputado Coffee no era desconocido para nadie que haya puesto un poco de interés en seguir las actividades de la Falange en América, obedeciendo a la idea imperial inscrita en los estandartes falangistas y alimentada por el Instituto Ibero Americano de Berlín. En los comienzos de la guerra actual, el falangismo, además de la influencia que ejercía, por medio de las distintas colonias, sobre otras publicaciones y centros políticos, contaba en América con dieciséis periódicos —dos de ellos en Puerto Rico— destinados a propagar las excelencias del nuevo orden y los sueños imperiales de la España franquista, y uno en Manila. Esos periódicos eran a la vez, de manera encubierta, portavoces de la propaganda alemana e italiana. Los representantes diplomáticos de España tenían órdenes precisas de colaborar estrechamente con los delegados de Falange, "movimiento destinado a atravesar los mares y las fronteras", que eran quienes, en realidad, dirigían la política exterior franquista. Consigna fundamental del Decálogo falangista para sus afiliados en el extranjero —Decálogo inspirado y aprobado por von Faupel— es la de "trabajar con fe por el triunfo de la Hispanidad". Pero la Hispanidad, traducida al pensamiento falangista, quiere decir que todo lo que ha sido español vuelva a serlo. De manera preferente, las ilusiones falangistas se fijan en Cuba, Puerto Rico y —con permiso del Japón— Filipinas. Cuando los nipones, el pueblo caballeresco por excelencia, según los comentaristas de Falange, atacaron tan delicadamente a Pearl Harbor, los más caracterizados periódicos franquistas no recataban su alborozo, exultante después cuando los japoneses se adueñaron de Manila, "avanzada de la Hispanidad". Poco antes, cuando la prensa de Madrid insinuaba la próxima entrada del Japón en la guerra, había ido a Manila, como cónsul general, con poderes amplísimos, uno de los hombres de mayor confianza en la Falange, José del Castaño, a quien se ha referido el diputado Coffee como colaborador activo de los japoneses. Lo evidente es que con la llegada de Castaño se articuló en Manila un extenso movimiento de oposición disimulada a la dominación norteamericana que debilitó la resistencia de la población civil cuando los japoneses hicieron su entrada. En junio de 1941, al ordenar el presidente Roosevelt la clausura de los Consulados del Eje, José del Castaño tomó a su cargo los intereses de los tres gobiernos que lo integraban, de igual manera que después de la agresión a Pearl Harbor, existiendo ya un estado de guerra, la embajada española de Washington asumió la representación de los intereses japoneses en los EE. UU. No son la Falange ni Franco los que han ocultado en ningún momento sus compromisos y simpatías con el Eje. Son los apaciguadores de los EE. UU. y de Inglaterra los que no han querido ni quieren darse por enterados. Gracias a esa ceguera voluntaria, Falange ha podido seguir —y sigue— sus trabajos en América, manteniendo una organización que, en el caso menos alarmante, significa un verdadero ejército destinado a crear un ambiente de descrédito para la democracia y de exaltación para los principios del sistema totalitario.

Comida a Antoniorrobles

Para celebrar sus dotes de narrador, el feliz ingenio y el sano humorismo que concurren en Antoniorrobles, un grupo de amigos suyos—lo que quiere decir admiradores—se sentaron con él a la mesa, el sábado pasado, en el Centro Republicano Español para hacer honores a una paella que, como se sabe, es plato de gustoso comer no sólo en Valencia o en Alicante sino en todas las regiones españolas y naciones de ultramar.

Si los homenajes, por justificados que estén, acostumbran a ser un pretexto para comer en compañía, lo que siempre constituye un placer, el gusto de la comida es mucho mayor cuando se adereza con sabrosa literatura y discursos exentos de solemnidad, como en este caso. De la literatura se encargaron Carlos Esplá, quien asegura que Antoniorrobles es un ladrón de erres; Enrique Bohorques, que leyó unos versos primorosos, y el propio Antoniorrobles, que respondió adecuadamente con unas cuartillas edificantes, como suelen ser sus cuentos para grandes, que, naturalmente, están inéditos aún. Los discursos se los distribuyeron don Indalecio Prieto, don José Giral y don Diego Martínez Barrio. Unos y otros, en bromas y veras, vinieron a descubrir un secreto: el de la simpatía que Antoniorrobles sabe suscitar con su pluma y con su palabra. Y con su hombría de bien, y con su honestidad política y privada, y con el ejemplo de su trato, exento de vanidades aunque podría, con derecho, sentirlas. La comida, limitada a medio centenar de comensales, sirvió para que todas esas cualidades se pusieran una vez más de manifiesto y para que Antoniorrobles comprobara también de nuevo el afecto que todos le guardamos.

VALIJA *indiscreta*

UNA VISITA AL PAPA EN 183 . . .

Ahora que los generales protestantes y las periodistas americanas que visten pantalones, visitan al Papa de Roma, parece oportuno recordar otra famosa visita a Su Santidad. Ocurrió por el año mil ochocientos treinta y pico, (El Valijero refugiado perdió para siempre los libros de sus lecturas hechas recuerdos, y se ve obligado a dejar casi siempre el pico en el aire, como un pájaro sin nido).

La visita la hizo un sacerdote francés: el delicado escritor conocido por el abate de Lamennais. El abate de Lamennais era noble, de la pequeña nobleza bretona. Se llamaba, en realidad, Felicité de la Mennais. Había nacido en Saint-Malo, en la casa contigua a la en que nació el vizconde René de Chateaubriand, de quien fué contemporáneo, correligionario en catolicismo, compañero en letras y adversario en política. Chateaubriand fué enemigo de la Revolución, emigrado y ministro de la Restauración, que lo trató como los reyes solían tratar a los criados: a puntapiés. Lamennais, en cambio, pasó por ser un defensor de la Revolución y, en verdad, fué apasionado adalid de las ideas liberales y cristianas puestas en marcha por la conmoción revolucionaria de Francia. Ambos fueron escritores románticos y habían escrito páginas deliciosas de juventud en su Bretaña natal, país de leyendas, tierra que mira al mar bravo desde los abruptos acantilados de sus costas. Una de esas leyendas bretonas fué recogida por el joven monsieur de la Mennais en una página conmovedora, escrita, sin duda, para hacer llorar hoy de nostalgia a todos los desterrados. La leyenda bretona es ésta: una muchacha de un pueblecito costero, sorprendida en un peñasco de la costa por la marea, ata sus trenzas de doncella a las ramas y a las hierbas marinas de la roca, para, al morir ahogada por la pleamar, no ser arrastrada por las olas lejos de su país natal. (¿Dónde encontrará El Valijero calvo las trenzas que lo aten en su agonía peregrina a la playa que fué su cuna?)

El abate de Lamennais —primera metamorfosis de monsieur de la Mennais— fué, como digo, un católico liberal, un demócrata cristiano, un precursor de D. Angel Ossorio y de D. Luigi Sturzo. En compañía del padre Lacordaire (el gran orador sagrado francés, a quien tanto admiró nuestro gran orador civil Castelar) y del conde Charles de Montalembert, fundó Lamennais, al establecerse en Francia la monarquía pequeño burguesa de Luis Felipe —rey con paraguas—, un diario titulado "L'Avenir", para defender la libertad política y religiosa.

"L'Avenir" reclamaba del "gobierno de julio" la libertad religiosa para todos los cultos y todas las comuniones, la libertad de enseñanza, la separación de la Iglesia y el Estado, la supresión del presupuesto del clero, todo, en fin, lo que puede fastidiar a los curas y a los obispos. Con fervor apostólico, los tres católicos liberales no se limitaron a propagar su doctrina, sino que, además, la pusieron en práctica y fundaron un colegio en el que ellos mismos ejercieron de maestros, por lo que fueron procesados y perseguidos. El episcopado francés, tan desinteresado entonces como en nuestros días, al ver en peligro el sueldo, declaró herejes, francmasones y relapsos a los tres buenos cristianos, los cuales, para defenderse, marcharon a Roma con propósito de hablar con el Pontífice, que lo era a la sazón Gregorio XVI.

La Roma temporal y eclesiástica de aquellos tiempos era el modelo perfecto de lo que es un Estado pontificio, teocrático y clerical. Reinaban allí la corrupción, el lujo, la miseria, la lascivia y la barbarie. Un hombre tan sensible como el gran músico Héctor Berlioz —¡qué maravillosa novela la de su vida romántica!— cuenta en sus "Memorias" que, conservando antiguas costumbres de inmolación humana, en la Roma pontificia, que el propio Berlioz conoció por esos años, cuando estaba allí pensionado, se sacrificaba el "mardi gras" a un pobre diablo, acusado de cualquier fechoría y condenado a muerte por la justicia papal. Por lo regular, se trataba de algún desdichado "brigante", a quien cuidaban, engordaban y confesaban las autoridades pontificias para el solemne día de la ejecución, fiesta que era presenciada por un público devoto y distinguido, contenido por los bravos soldados del Papa. "¡Bárbaro! ¡Bárbaro! —escribía, al recordarlo, el exquisito Berlioz—. El Papa es un bárbaro como casi todos los soberanos de la tierra . . ."

Pero, a lo que íbamos: el abate de Lamennais y sus compañeros pasaban el tiempo en aquella divertida capital romana del catolicismo, sin lograr ser recibidos por Gregorio XVI. Lacordaire y Montalembert regresaron defraudados a Francia, a seguir la pelea contra el episcopado de nómina, y el autor del "Ensayo sobre la Indiferencia" continuó en la Ciudad Eterna en calidad de huésped casi eterno, pues nunca le llegaba la hora de ver al Papa, a pesar de sus innumerables gestiones. De su aburrimiento romano puede uno tener idea por lo aburrido que resulta leer ahora su libro "Affaires de Rome", en el que el paciente abate cuenta algo de esta singular aventura, aunque no el episodio que a continuación voy a citar y que relata Alejandro Dumas en sus "Memorias":

Un buen día, el abate de Lamennais se lamentaba, hablando con un clérigo italiano, de sus vanos intentos para ser recibido en audiencia por el Papa.

El clérigo italiano le dijo, ingenuamente:

—Quizás se ha olvidado vuestra paternidad de entregar la suma convenida al cardenal Fulano . . .

Aunque Lamennais sabía que en el Vaticano entienden en cosas de portería, pues el Papa desciende de San Pedro, que es el portero mayor del cielo, no había pensado, ciertamente, en la necesidad de pagar portazgo. No se figuraba a un cardenal tocado con gorra de consumero.

—En verdad —contestó el abate francés, con no menor ingenuidad—, hubiera creído ofender a Su Eminencia dándole una propina como a la criada de una cortesana . . . Además, me hubiera hecho cómplice de un pecado de simonía . . .

A pesar de todas estas razones, el clérigo italiano insistió en explicar a aquel ignorante sacerdote francés, empeñado en ver gratis al Santo Padre, que todos sus intentos habían resultado vanos hasta entonces por haber olvidado el trámite principal.

—Entonces —terminó diciéndole el cura italiano, que conocía las costumbres de la casa—, no se extrañe de no haber sido recibido aún por Su Santidad . . .

Venció, al fin, la pura tenacidad del abate francés, que logró ver de balde a Gregorio XVI, pero la entrevista resultó desconsoladora. Advertido por los obispos franceses, el Papa habló al abate de Lamennais del sol de Italia, del tiempo, del paisaje, de los monumentos, de las obras de arte . . . de todo, menos de lo que interesaba al porfiado abate francés, apartando el Pontífice, elegantemente, de la breve conversación, cuanto se refería al drama de conciencia que atormentaba al amargado y cándido sacerdote liberal.

Y así fué como monsieur de la Mennais y el abate de Lamennais, al regresar a Francia se convirtió —tercera metamorfosis— en el "citoyen Lamennais", y escribió sus "Palabras de un creyente", que son el grito conmovedor de una conciencie desgarrada . . .

Los tiempos han cambiado, y los generales protestantes y las periodistas con "slacks", más afortunados que el abate de Lamennais, han hablado gratuitamente con el Papa actual de lo que les interesa y han salido muy contentos del Vaticano, cargados de rosarios, estampitas y escapularios: reliquias destinadas, seguramente, a figurar un día en algún extravagante museo norteamericano, al lado de los pantalones de la intrépida periodista y del bastoncito, el hongo y las botas de Charlot.

EL VALIJERO.

Nuevo Consejo Regional del Partit R. d'Esquerra

En la última Asamblea celebrada en el exilio por el "Partit Republicá d'Esquerra (sección catalana de Izquierda Republicana), se eligió el siguiente Consejo Regional:

Presidente, Don Faustino Ballvé; Srio. General, Ignacio Morell Bosch; Tesorero, Miguel Tost; Contador, A. J. Yubero; Propaganda, Juan Domingo; Vocales: Pedro Rosá y Dr. José Fábregas; Delegado de la Juventud, Eugenio Escudero.

Así mismo, y entre otros acuerdos, se reafirmó una vez más en permanecer al lado de la Junta Española de Liberación, para la reconquista de la República.

TIERRAS DE ESPAÑA

RIBERA MEDITERRANEA

BORDEANDO EL MAR

Rueda el tren, ciñendo la costa levantina, jugando con el mar que viene a escarbar en la arena con su pezuña de plata. Lejos, la llanada se hace azul oscuro, caliente, hasta parecer negro, como una porcelana milagrosa.

El caserío está, en esta hora de la tarde vencida, dormido en el azul de su humo, y allá, al fondo de un olivar, se ven las tapias encaladas del cementerio aldeano. Unos cipreses, tiernos aún, bordean el camino que conduce al minúsculo camposanto, y son como pinceles que un pintor melancólico —Rusiñol, por ejemplo—hubiese ido clavando al volver de un paseo en el crepúsculo.

Almendros, almendros por todas partes. Y en la telaraña de sus ramas, nada más que un presentimiento de flor todavía, pero con tal afán que, por momentos, el color quiere acusar su presencia . . . ¿Blanco? ¿Morado? ¿Malva? ¿Rosa? No más aún que un sueño de colores. Sueñan los almendros su color presentido, inminente ya, mientras el mar tendido sobre la arena fina de las playas se pone a soñar con los nácares del ocaso.

Entonces los naranjos encienden su fruto, sus globos de oro, para guardar a la noche que pronto avanzará sobre el mar.

El horno de tierra ocre, el brocal encalado . . . ¿Vamos por el Levante español o hemos saltado ya el Estrecho? ¿No está el aduar africano amasado con esta misma tierra bermeja? Sólo que aquí la vivienda no rastrea y se encueva, sino que se alza triangular y esbelta en la barranca, limpia, de cal el vestido, cubierta de mazorcas rojas que son como las arracadas de una mujer, de una estas huertanas levantinas de piel de magnolia.

Ya la luna baja a morder los limones; luego, más pálida que nunca—palidez de magnolia también—viene a recostar sus hombros afilados sobre el triángulo de cal de la barraca, para volverse por fin, clareando entre los limoneros, a la orilla del mar encelado.

ALBUFERA

Desde el pueblo de Saler, canal abajo, buscamos la Albufera. Vuelven las barcazas con sus patos de madera, señuelo del cazador entre un montón de redes oscuras. Un perro de aguas se sacude todavía saltando de una borda a otra.

Nuestra barca, ligera como un esquife, se desliza sobre el agua quieta, aceitosa, mientras el barquero la empuja apoyando su pértiga en el fondo de arena. Al salir a la Albufera, es como si nos halláramos ante un inmenso espejo mordido por los ácidos de las nubes. Cielo y agua forman un horizonte cóncavo, produciéndonos la sensación de que estamos sumergidos en un acuario fantástico . . . Así navegamos, nos perdemos, nos dejamos ir, flotando entre cielo y agua como en el vacío infinito. Tanto, que hay un instante en que experimentamos el deseo—hecho angustia casi—de volver hacia tierra.

Canal arriba de nuevo, el barquero empuja esta lasca del esquife con la pértiga clavada en la popa, y empujando él al otro extremo de la pértiga mientras camina descalzo por el borde de la acequia. Y es admirable la precisión y agilidad con que el hombre de la albufera, salta de la vereda a la barca y de la barca a la vereda para salvar los canalillos por donde el agua inunda los arrozales.

LUNA Y AZAHARES

En esto, por encima de la dehesa cercana, detrás de la arboleda, se levanta la luna como una naranja gigantesca. Se siente al mar allí, detrás, se le adivina asombrado ante la luna, asombrada ella a su vez ante la belleza del mar sobre el que acababa de proyectar su mágico reflector.

Ahora, en la noche, el olor de los azahares se hace cada vez más penetrante. Podemos guiarnos, ir a ciegas, llevados por este aroma que le da a la noche una silenciosa y nupcial embriaguez.

Paso a paso, vamos hacia la barraca oyendo cada vez más lejos el jadeo gozoso del mar.

ESTA BARRACA

Los cacharros de los vasares, la colcha de la cama, los rojos ladrillos del suelo, las blancas paredes, todo está tan limpio y reluciente como una patena. Y en medio de la barraca, como péndulo de esta caja triangular, de este íntimo refugio del huertano, un gran racimo de naranjas con sus hojas verdes, colgando del techo.

Aquí está el huertano, su mujer y sus hijos. El huertano: cariancho, cejas negras, espesas, blusa negra, alpargatas blancas. La mujer: piel porosa, piel de magnolia; grandes ojos de un negror brillante, como esa lámina del mar cuando el sol la bruñe a fuego; los hijos: los ojos puestos en la madre, abiertos con asombro infantil, angelotes de Salzillo. El triángulo de la barraca guarda entre sus muros de cal y de luna el grupo familiar como la mejor pulpa humana de esta dorada ribera española.

Angel LAZARO

MIRANDO AL FUTURO

La nueva organización política económica de Europa

Difícil sería encontrar a nadie dispuesto a defender la organización política europea anterior a 1936. Obvias son las causas de su fracaso, lo cual explica la coincidencia en cuanto a la absoluta necesidad de mayor unión económica y política entre naciones y pueblos del viejo continente.

La victoria de los países defensores de la libertad apunta en el horizonte. No pudo llegar con mejor oportunidad la publicación del anteproyecto de los "Estados Unidos de Europa" en el número 18 de ESPAÑA. Iluso sería quien creyera que las cosas puedan volver al estado de anteguerra. Eso se acabó en lo nacional y en lo internacional, más particularmente en Europa. Asusten o no las palabras, la "revolución" está en marcha y sobre esta realidad no hay desacuerdo. Las discrepancias empiezan entre "idealistas" y "realistas" —y aun dentro de estos grupos y los subgrupos respectivos— al tratar de canalizar dicha revolución hacia sus resultados más prácticos y positivos, sobre los medios para lograrlo y acerca de las metas inmediatas y futuras. Su complejidad y dificultades, saltan a la vista, acaso más en los aspectos políticos que en los económicos. En estos, el imperio de las circunstancias impondrá celeridad a las soluciones... y acaso o, mejor dicho, sin duda, las soluciones en lo económico presionen eficazmente hacia soluciones políticas. Pero vayamos al proyecto publicado en ESPAÑA. Lo elaboraron destacadas personalidades mundiales y parece interesante reproducir, al margen, algunas opiniones de los aludidos profesores, tanto más autorizados cuanto que participaron en dichos trabajos y debatieron las complejas cuestiones que el magno proyecto encierra. Elegiremos tres de esas opiniones, no porque las demás sean menos autorizadas, sino porque estas tres de Coudenhove-Kalergi, Arnold Brecht y Fernando de los Ríos— nos parecen sintetizar bien las preocupaciones, recelos y esperanzas de los demás.

COUDENHOVE-KALERGI

Richar N. Coudenhove-Kalergi, director del Seminario de Investigaciones para la Federación Europea, profesor de la Universidad de Nueva York, inició ya en 1923 aquel "Movimiento Pan-Europeo" y es desde entonces presidente de la Unión Pan-Europea.

Dice en la revista "New Europe":

"La Europa de postguerra se encuentra ante cuatro alternativas:

1a.—Restablecer el desmembrabramiento de Europa, siendo todos los estados europeos miembros soberanos de una Sociedad de las Naciones universal. Esto significaría resucitar el sistema de anteguerra, que condujo a Europa a esta segunda guerra mundial.

2a.—Establecimiento de nueva balanza de fuerzas en Europa, limitando el número de estados soberanos. Cinco o seis bloques regionales, mediante agrupaciones de los estados más pequeños en uniones federales. Este sistema recordaría el llamado "Concierto Europeo" de las seis grandes potencias que, hace treinta años, llevó a la primera guerra mundial.

3a.—Partición de Europa en esferas de influencia, oriental y occidental, una dominada por Rusia y la otra por Gran Bretaña. Esta partición daría a Alemania nueva preponderancia y una posición llave en Europa, proporcionándole la oportunidad de lanzar su apoyo, bien hacia la Gran Bretana, bien hacia Rusia en su rivalidad. Esta rivalidad llevaría inevitablemente a fricción permanente entre Londres y Moscú, es decir, inevitablemente, en un futuro próximo, a la tercera guerra mundial.

4a.—La Federación Europea. Los que abogan por esta idea de federación europea están en desacuerdo sobre si Rusia o Gran Bretaña, o ambas o ninguna de las dos, habrían de ser miembros de la Federación. Ningún estadista responsable americano podría tolerar la formación de un bloque político, económico y militar que incluya a Rusia y Gran Bretaña con Europa, excluyendo a Estados Unidos, aislándolos y cercándolos. Semejante "mammoth" de federación abarcaría no sólo todos los continentes de Europa, Africa y Austria, sino también tres cuartas partes de Asia y una cuarta parte de América. Ningún estadista británico podría tolerar la creación de una federación continental de Europa y Norte de Asia, que iría de Portugal al Mar de Bering, y aislaría a Inglaterra. Ni tampoco podría ningún estadista soviético tolerar una federación occidental europea incluyendo a la Gran Bretaña y ligando al continente europeo con el Imperio Británico.

Por lo tanto, la única fórmula de federación europea aceptable a Estados Unidos, Gran Bretaña y Rusia es la de una pequeña Europa, rodeada, apoyada y controlada por estos tres principales vencedores de Hitler. Tal federación, yendo de la frontera soviética al Atlántico, sería, en extensión, la mitad que los Estados Unidos de América. Sería su destino formar parte de una futura organización mundial, basada en regiones como las del Imperio Británico, Unión Soviética, Pan-América y China. A la espera del establecimiento de esa organización mundial, la neutralidad de Europa debería garantizarse y controlarse por sus tres grandes vecinos, liberadores y apoyos..."

ARNOLD BRECHT

Profesor de ciencias políticas y jurisprudencia, Arnold Brecht fué, de 1910 a 1921, consejero de los ministerios de Justicia y Economía y en la Cancillería del Reich. Dice:

"Creo que sería un cielo Europa, uniéndose, con o sin la Rusia Soviética, en un gobierno federal, con aproximadamente iguales facultades al gobierno de los Estados Unidos. Pero veo cuando menos dos obstáculos, en el camino de este sueño. para después de la guerra. Primero, me parece que hay en los Estados Unidos una subcorriente de desconfianza contra la Unión Europea, como algo que no convendría a los intereses prácticos de este país. Esta corriente es lo bastante poderosa como para evitar que el idealismo americano salga en apoyo de un duplicado en Europa de lo que son aquí los Estados Unidos.

El segundo obstáculo es mucho más serio. No hay la menor probabilidad de persuadir a la Gran Bretaña de que entregue su ejército, su marina y su "foreign office" a un gobierno europeo, en que tendría que disponer sólo de uno o varios votos. Por tanto, la Gran Bretaña permanecería fuera de la propuesta unión y, con Gran Bretaña fuera, formar dicha unión sería imposible, a menos que los británicos quisieran permitirlo. Creo que esta última suposición no tiene realidad. No es necesario siquiera plantearse la cuestión de si Francia querría entrar en una total unión continental.

Aunque no es cuestión de la total unión europea, ciento por ciento, una federación de propósitos limitados es posible y necesaria. Su función más importante sería impedir que, en parte alguna de la federación, volvieran de nuevo a levantarse gobiernos fascistas..."

FERNANDO DE LOS RIOS

El ex ministro de la República española, delegado de la Junta Española de Liberación y actual profesor de ciencias políticas de la Escuela de Investigaciones Sociales de Nueva York, opinó:

"Deseo subrayar la importancia, para los europeos, de la idea federal. Bien sabemos que la federación es proceso más que decisión, proceso que requiere mucho tiempo para realizarse. Sin embargo, nosotros los europeos necesitamos mirar a la meta tanto como al camino porque tal fe en la meta dará excelentes resultados educacionales para nuestros compatriotas; es un método de adoctrinamiento por el cual podemos despertar a la consciencia de la necesidad de la federación.

Durante las discusiones en mesa redonda, el profesor William Anderson, de la Universidad de Minesota, subrayó el punto de que la palabra "federación" no aparece en la constitución norteamericana. Muy cierto; pero también lo es que la constitución está de lleno dedicada a la realización de instituciones federales, al patrón de "federación", que es la estructura del estado norteamericano. No hablan los autores de la constitución de federación; pero fundaron dicha federación de hecho. Desgraciadamente, nosotros los europeos estamos obligados a encarar el ideal de la federación como meta aunque, de momento, no veamos claros los medios por los cuales se alcanzará dicha meta.

No creemos que la "federación" sea panacea; pero estamos convencidos de que podemos vincular a los estados de Europa, tanto en sentido político como económico sobre un patrón federal; subrayando los comunes propósitos y creando los órganos para el cumplimiento de tales propósitos comunes, estaremos realmente contribuyendo a una paz duradera. Si tales pasos pudieran darse, eliminaríamos de inmediato muchas fuentes contemporáneas de rozamiento internacional en Europa y estimularíamos esperanzas e ideales comunes."

Burck en el Chicago *Times*.

MARGEN

JUEGO DE MANOS CON LA "LEYENDA NEGRA"

Sabemos la noticia por los periódicos. El otro día, un funcionario de la Embajada inglesa de Madrid pronunció en nuestra heroica villa, —también heroica por soportar a ese míster—, una conferencia acerca de la "tradición española". Durante sesenta minutos hizo, a propósito del tema señalado, una breve obra maestra de descarado humorismo tipo Churchill. Del macabro humorismo cuyo principio consiste en asegurar que la guerra actual es "cada vez menos ideológica". Definición que rechazamos porque las palabras, incluso las de Mr. Churchill, no son, por fortuna, las cosas.

El míster conferenciante estuvo muy feliz en la disertación. No lo dudamos. Diremos más, por nuestra cuenta: estuvo felicísimo. Sostuvo que España debe mantener su tradición histórica y que, en 1944, la honorable Gran Bretaña necesita, precisamente, que sea mantenida. Así, con toda frescura. Es como para quedarse sin aliento. Pues por tradición española el inefable míster entiende lo siguiente: catolicismo integral, militarismo, analfabetismo y feudalismo agrario. Lamentamos acumular tantos "ismos" desaforados; la culpa es del míster. Ahora bien, leyendo a cualquier historiador inglés clásico, —por ejemplo, Martin Hume, Philipe II of Spain; Londres, 1897; páginas 15-35—, podemos identificar el sistema político resultante de los "ismos" mencionados como la raíz de la "leyenda negra" con que los escritores ingleses han descrito la acción de España en la Historia, cuando España era, por lo visto, un enemigo del género humano, representado generosamente por la Gran Bretaña. Ahora resulta que Inglaterra necesita que los españoles mantengamos vigente nuestra "leyenda negra". ¿En qué juego de manos andan ustedes, los ingleses, metidos, míster? Parece demasiado sucio para que pueda aceptarse sin reservas.

Vamos despacio. Un poco de orden. La acción de España en la Historia ha sido desacreditada por la "leyenda negra". No podemos detenernos ahora en examinar los elementos verídicos y erróneos, deformados por el odio, utilizados en su elaboración; otro día lo haremos. No cabe la menor duda que entraña una especie de estigma infamante colocado en la alta y espléndida frente española. Nadie puede dudarlo. Sirvió a Inglaterra de bandera; a su sombra realizó el inmenso latrocinio que es el Imperio Británico. A España debía servirle de losa sepulcral. España fué vencida en una lucha de dos siglos. (Advertencia: no sacrificó a los hindúes, australianos, canadienses, egipcios y comparsa de la época. España se inmoló en la lucha.) El expolio del vasto cuercuerpo ibérico, presente en las cinco partes del mundo, alzó a Inglaterra donde está. Iniciado el declive de la hegemonía británica, la leyenda descubre un nuevo e inesperado uso. Tiene que servir de punto de apoyo a sus propios empresarios, mientras se vuelve contra ellos. ¡Qué ironía! Justicia inmanente de la Historia.

Nosotros, los españoles republicanos, (sólo nosotros somos españoles; los españoles fascistas son fascistas y no españoles,) sabemos dónde reside la auténtica tradición hispánica: en la libertad, cuyas instituciones ibéricas, las Cortes medievales, son más antiguas que las inglesas. Pedimos perdón por ello al míster de Madrid. La II República Española, que Inglaterra asfixió, enlazaba en la venerable libertad milenaria española. Franco, en cambio, prolonga la "leyenda negra", que culmina en él, que en él se devora a sí misma. Franco, buen amigo de Mr. Churchill, debe ser sostenido para que el Imperio Británico pueda sostenerse. ¡Gracias, señores británicos! Tenemos delante otra vez, desnuda y procaz, la alevosa hipocresía inglesa, aquélla que ha dado a la historia del Reino Unido su estupenda mediocridad, entre puritana, piratesca y mercachifle, y que infundiera a lo mejor de la inteligencia inglesa —Dickens, Thackeray, Byron, Wilde, Bertrand Russell, Wells, etc.—, un odio llameante por todo lo inglés típico. Reacción que hasta los antiguos romanos adivinaron; Cicerón entre otros: "No elijáis esclavos británicos; son tan estúpidos e incapaces de aprender que no pueden formar parte de la servidumbre ateniense". (Carta de Cicerón a Atico, del siglo I, a. J. C.)

F. Carmona NENCLARES

"Más de un millón de falangistas y engañados adeptos —a las órdenes del general nazi Wilhelm von Faupel, dictadas a través de Madrid— están activamente empeñados en una guerra contra las Naciones Unidas, a favor del Eje. ALLAN CHASE.

Esta guerra se libra en muchos frentes: el político, el económico, el militar. Los frentes son infinitos. Un reciente análisis confidencial de las operaciones del Eje en las Américas demostró que el Servicio Secreto Español tiene 14763 agentes actuando entre Río Grande y la Patagonia".— ALLAN CHASE.

ARTE Y ARTISTAS

ELOGIO DE LUIS BAGARIA

En el presente trabajo—cuya publicación empezamos hoy para terminarla en el número próximo—un artista español de fama bien ganada, Francisco Rivero Gil, hace una evocación sentimental de aquel magnífico dibujante y ejemplar humano que se llamó Luis Bagaría, muerto hace cuatro años en la Habana. Nadie mejor que Rivero Gil, compañero suyo en amistad y oficio, para hacer el elogio de Bagaría, cuyo recuerdo nos obliga a revivir horas y sucesos de peso trascendental en la historia de España. Con la melancolía de las ausencias irmemediables, rendimos a la memoria del gran caricaturista el tributo de admiración y cariño que nos unió a él tan estrechamente cuando estaba en vida.

El 26 de junio de 1940 murió en La Habana Luis Bagaria. Para recordarle no se me ha ocurrido cosa mejor que ofrendarle este elogio. No es incienso funerario y falso y sospechoso, sino expresión sincera de una admiración que tuvo origen en los días, ya lejanos, en que emprendí mi caminar torpe y bohemio por laberínticos senderos, empedrados de ilusiones y esperanzas fallidas; admiración tan sincera y profunda, que cada día que pasa mantengo viva y fervorosa, por encima de todo halago de vanidad.

No quiero hacer creer a nadie en la angelical pureza de mi alma. Acaso en mi admiración por Bagaría influyeron —aparte la originalidad y potencia de su arte— la amistad fraternal, la comunidad de ideas políticas y sociales, y un también común entusiasmo por las prácticas iniciadas por el buen padre Noe, el bíblico y original catador de uva. No es impertinente esta referencia. De estas prácticas, juiciosas y cordiales, surgieron temas para muchas de las caricaturas de Bagaría y frases ingeniosas que, al salir a la calle, nutrían el anecdotario popular.

Si los narradores de la historia política contemporánea de España no son gentes rutinarias y partidistas, encontrarán en la vida de Bagaría tema suficiente para componer uno de los capítulos más amenos e interesantes. Y, apoyándose en él, estudiando su obra, podrán relatar, con los datos que les suministren sus caricaturas, treinta años de historia de la política española: desde los tiempos de "La Tribuna", hasta el triste final de nuestra ladinamente llamada guerra civil, prólogo experimental del sangriento y bestial debate planteado por los dirigentes de los regímenes totalitarios.

* * *

Han transcurrido más de treinta años desde que Bagaría publicó sus primeros monos en Madrid. Acababa de llegar de Barcelona, su tierra natal. Adaptado al clima artístico de la capital de Cataluña, echando de menos la colla artística presidida por Rusiñol o por Picasso, Madrid le resultaba hostil y duro con sus tertulias de chismorreo político, taurino o teatral a base de café con media. Sentía nostalgia de la estruendosa luminosidad del cielo de la bona terra. La fina transparencia del cielo madrileño reportando la sierra lejana —sinfonía de violetas matizados en gris— balcón de la meseta castellana, ancha y callada, no hallaba eco emocional en su espíritu, vibrante de rutilencias mediterráneas. Por eso, quizás, sus primeras caricaturas son de dos artistas catalanes: Guimerá y Enrique Borrás.

La publicación de estas caricaturas produjo un verdadero revuelo en las tertulias y medios artísticos madrileños. Su técnica originalísima y el asombroso parecido, conseguido con una síntesis lineal sorprendente, dejaron absortos a los administradores de la crítica. Los sesudos varones que discernían y aquilataban los valores en el mercado intelectual, sintiendo conmovidas las viejas reglas estatuídas que defendían con celosa vigilancia, reaccionaron violentamente y negaron toda calidad artística a las primeras obras del caricaturista catalán.

Era lógico. La pauta sobre toda clase de manifestación artística o intelectual la daba "Blanco y Negro", cuyos abastecedores conservaban aún el regusto de Ortego, Cilla y Mecachis. En un exceso de generosidad, toleraban la colaboración de Xaudaró, Sancha, Tovar, Tito y algunos otros, cuyo estilo realista no desdecía el concepto substantivo del moderno arte que, con cerril intransigencia, se sustentaba en el depósito de ideas alcanforadas de la calle de Serrano.

Hubo, sin embargo, voces autorizadas que vieron en Bagaría no sólo un innovador de lo forma, sino, también, un renovador del viejo concepto de la caricatura personal exclusivamente fisonómica, externa y vacía, carente de toda intención que no fuera la de exagerar grotescamente las facciones del individuo, con el exclusivo objeto de ridiculizarle y provocar la pública hilaridad. Esas voces autorizadas, señalaron inteligentemente la intención psicológica, es decir, la acentuación de los rasgos característicos sobre los exclusivamente fisonómicos, para llegar, a través de la forma, a la captación del espíritu y reflejarlo en sintética expresión lineal.

La camarilla empírica siguió en sus trece, encasillada en su engolamiento, pero Bagaría conquistó un sector de opinión de inteligencia vigilante, selecto y cultivado que contribuyó no poco a su formación intelectual y política y dentro del cual figuró siempre con acusada personalidad.

Y Bagaría conquistó a Madrid como Madrid conquistó a Bagaría: honda y definitivamente. No recuerdo un c a t a l á n con más emoción madrileña.

La decoración de la cervecería *El Cocodrilo,* establecida en la plaza de Santa Ana, le dió la máxima popularidad. Desarrollando el tema *La música doméstica a las fieras,* expuso en varios paños del salón una teoría humorística deliciosa en la que los saurios voraces se dejan conmover, humanizados, por el virtuosísmo musical de un atrabiliario violinista. Recordando esta obra pienso en la posibilidad que hubo de evitar el rumbo caótico que hoy sigue la humanidad si en el pacto de Munich, celebrado con bombo y platilos, en lugar de Chamberlain y Daladier, hubiera intervenido el violinista de Bagaría.

Creo que fué "La Tribuna" el primer diario madrileño que obtuvo su colaboración diaria como caricaturista político. Desde luego fué en dicho diario donde cimentó su fama en tal aspecto de la caricatura. Comenzó interpretando a los gobernantes de turno valiéndose de estilizaciones de frutas y hortalizas que, por sus calidades, establecían una similitud profunda entre ellas y los caricaturizados. Así por ejemplo, representó a Lacierva con un ejemplar de la huerta murciana y a García Prieto por medio de una característica cucurbitácea.

Pero donde su crédito artístico alcanzó estimación internacional fué en la revista "España", portavoz de la avanzada intelectual española, y en el diario "El Sol", forjador de un nuevo estilo en el periodismo español.

En "España", acaso por el tono de la revista, sus caricaturas estaban revestidas de un carácter trascendental de honda filosofía, de cuidadosa elaboración cerebral, tanto en el tema como en su desarrollo.

La guerra europea fué venero inagotable para su arte flagelador. Su campaña anti-alemana fué, quizás, la más violenta y efectiva que se realizó en España. El Kaiser y sus aliados protagonizaron la mayoría de sus caricaturas como símbolos de la barbaire teutónica, contumaz a través de la Historia, como una maldición cainita.

Creó el tipo de boche de cabeza cuadrada, con la punta de casco prusiano en la cima del cráneo, grosero, brutal, repulsivo y mecánico, de mentalidad tarda y difusa que, más tarde, desmilitarizado, convirtió en aquel Fritz protagonista de los cuentos alemanes, exaltación de la estúpida ingenuidad racial de los bárbaros civilizados.

Quiero hacer resaltar la influencia psicológica de la caricatura en el público. El boche de Bagaría fué, para mucha gente, el tipo representativo del alemán común, y aun es posible que siguiera siéndolo, si la terrible y dolorosa experiencia de nuestra guerra no hubiera revelado su identidad física y moral, acentuando sus despreciables características, de las cuales tienen mejor y encarnizada noticia los compatriotas que, desgraciadamente, los padecen en nuestra desangrada patria, en calidad de turistas permanentes.

Al fundarse "El Sol", con Mariano de Cavia al frente, Bagaría fué uno de los valores que más contribuyeron a prestigiar aquel diario. Su espacio, en la primera plana, era insustituible, y los lectores buscaban ávidamente la caricatura antes que ninguna otra sección del periódico. Para muchos madrileños era el desayuno espiritual; para otros, los de la acera de enfrente, el purgante acibarado de la jornada.

Los siete años indignos de la dictadura primo-riverista, excepto varios meses que invirtió en una excursión a la Argentina, donde consiguió un éxito rotundo artístico y económico, Bagaría se los pasó en escaramuza diaria con la censura y, más concretamente, con su jefe, el coronel La Iglesia, sin que, a pesar de la potencialidad de las armas represivas, pudieran apuntarse victorias apreciables los estrategas al servicio de doña Anastasia. Por el contrario, sufrieron descalabros formidables como el que se hizo patente en los comienzos de su actuación, autorizando la publicación en "El Sol" de aquella famosa caricatura en que se representaba al primer gobierno dictatorial por medio de un dibujo de aparente inocencia compuesto de sables y vainas . . .

Para evitar que el periódico saliera sin caricatura, que el público consideraba indispensable, Bagaría creó los dibujos de almohadón, en los que, la mayoría de las veces, no había más intención que la de exasperar a los censores en la búsqueda infructuosa de algo alusivo al desgobierno dictatorial. Hubo ocasión en que el gabinete de censura se transformaba en algo semejante a un cuartel de Estado Mayor en tiempo de guerra en el que se estuviera discutiendo sobre los planos —en este caso los dibujos de almohadón— la estrategia a seguir en una operación trascendental. De aquella fecha datará, seguramente, la afición de algunos militares franquistas a descifrar crucigramas.

No creo que se haya dado nunca el caso de que un público siga con tan fervorosa atención la labor de un periodista, escritor o dibujante, como se seguía en aquella época la de Bagaría. Solo Heliófilo, con sus "Charlas al sol" y Luis de Tapia con sus "Coplas del día", conseguían despertar i n t e r é s semejante. Ahora no eran solamente los intelectuales o intelectualoides de inquietudes imitativas, los únicos lectores asiduos del diario de la calle de Larra. Eran, también, los obreros, la masa proletaria que, acuciada su curiosidad intelectual por el conocimiento de las teorías sociales, suspendía unos momentos el diálogo con Marx o Bakunin, con Lenin o Malatesta para "ver qué decía Bagaría".

Lo que decía Bagaría siempre era algo jugoso, sugerente, además de rebelde y combativo. Y era curioso advertir que mientras los burgueses comodones, linfáticos y romos de mollera, tachaban a Baganía de enrevesado y abstruso, la masa trabajadora, de instrucción primaria, de escasa preparación intelectual, de limitada cultura, captaba fácilmente la intención sutil e ingeniosa del caricaturista, dándola interpretaciones inteligentes, sugeridas por las líneas armónicas, graciosas y sintéticas, puras, precisas y diáfanas, en composición decorativa de calculada ingenuidad, como un primitivismo picassiano, o por la sátira del pie, cáustica y buida.

La Cita

Enright en el Miami Herald.

Comentario Internacional

UN ANIVERSARIO: VUELTA A FRANCIA

El pasado domingo celebró la colonia francesa de México, una fiesta patriótica para conmemorar el cuarto aniversario del histórico llamamiento hecho desde la radio de Londres, por el general De Gaulle a sus compatriotas, para que continuasen la lucha contra la Alemania nazi. De Gaulle simbolizó en aquel momento la Francia que no aceptaba la derrota y ahí toma el movimiento degolista sus raíces profundas en el sentimiento popular francés y de ahí nace su autoridad política y moral ante su propio pueblo y ante el mundo entero. Antes, incluso, que no pocos franceses, fueron los republicanos españoles quienes saludaron con fervorosa adhesión el gesto del general De Gaulle, ya que se establecía automáticamente entre ellos una identidad nacida en el hecho de que tampoco los republicanos españoles han aceptado la derrota y continuan su lucha de combatientes por la libertad de su pueblo y de los pueblos europeos. La adhesión de los republicanos españoles era tanto más desinteresada e ideal cuanto que se ignoraba por completo si De Gaulle, político inédito, aunque ya militar brillante, era o no amigo nuestro. No se conocía cuál fué su actitud personal respecto a nuestro problema español, si bien no tardó en saberse que le acompañaban en la patriótica empresa personalidades francesas que habían demostrado su amistad a la República española. Cuando parte de la colonia francesa se mantenía en una prudente reserva, fuimos republicanos españoles quienes nos convertimos en propagandistas de aquella causa identificada con la nuestra, y yo mismo dí en el Centro Republicano Español de México una conferencia —"Nuestra Francia y la otra"— estudiando, entre otros temas, la personalidad política y militar del hombre que había sabido reivindicar el honor de Francia. A aquella conferencia sólo asistieron —además de los amigos sepañoles— dos o tres franceses anónimos que acaso fuesen por aquellas fechas los únicos o casi únicos soldados desconocidos del degolismo en estas tierras. Nuestra labor carecía ciertamente de mérito, sobre todo comparada con la que realizaban en el mismo sentido, pero con riesgo y heroísmo, que no se ponía aquí a prueba, los republicanos españoles residentes en Africa del Norte, para no hablar más que de aquéllos que hoy se encuentran libres de la persecución nazi. Nos animaba a los republicanos españoles un noble anhelo, que algunos franceses no comprenderán quizás, y que nacía de una dramática y angustiosa decepción española.

Habíamos ya perdido nuestra patria y veíamos perdida también esa segunda patria ideal que para todos los hombres libres del mundo, y especialmente para los españoles, es la Francia de la Revolución. Habíamos visto, además, cómo la Francia oficial —salvo excepciones personales con las cuales formamos un imborrable cuadro de honor— había aceptado, si no alentado, la victoria nazi en España.

Habíamos visto una Francia corrompida, que dimitía su misión en el mundo. Llevábamos abierta la herida de los campos de concentración, de las bayonetas de los senegaleses, de las alambradas, de la persecución a los españoles refugiados, cazados en las calles por la policía; conocíamos el drama de la falta de "papeles en regla", que una burocracia insensible hacía imposible arreglar; el ultraje a los hombres más queridos y respetados de España, tratados como facinerosos por la gendarmería y los prefectos —también con alguna honrosa excepción. ¿Era aquella "nuestra" Francia, la Francia que nosotros habíamos aprendido de nuestros maestros en ciudadanía a querer y a admirar y que nosotros mismos habíamos contribuído a hacer querer y admirar a otros españoles más jóvenes? No sentíamos rencor ni odio, sino una infinita, desconsolada decepción; quizás el desengaño más amargo de nuestra vida. Queríamos sobreponernos a él con el recuerdo de algunas escenas conmovedoras que nos habían revelado la supervivencia del hondo y puro sentimiento del pueblo francés: las mujeres de un pueblecito pireneaico ofreciendo pan y queso a los pobres y dignos españoles que pasaban la frontera vencidos, orgullosos y exhaustos; a quella otra aldea francesa cuyo municipio reservaba toda la leche para los niños y los enfermos y ancianos del éxodo español; la generosa y noble actitud de un Víctor Basch, el sabio francés inolvidable, y de tantos amigos suyos; el gesto de aquel profesor de la Sorbona que abría las puertas de su hogar al compañero español perseguido por la policía...

"Esta Francia —pensábamos— salvará a la otra". Queríamos que Francia volviese a ser nuestra Francia ideal y confiábamos en que manos francesas curasen las heridas que malos franceses habían abierto en el alma española.

Dejé Francia pocos días antes de su caída. Salí de París con lágrimas en los ojos. Todo parecía perdido, corrompido, entregado y prostituido ya a las bárbaras turbas germánicas que avanzaban brutalmente hacia la Ciudad Luz. Pero aún confiaba yo en la Francia de aquel pueblecito fronterizo, de aquella aldea, de Víctor Basch y sus amigos, de aquel profesor . . . ¿Qué hombre la puso en pie, le hizo recobrar fe en su destino, le infundió valor en su adversidad? Ese hombre fué Charles de Gaulle. Salvaba el decoro de Francia, reivindicaba su eterno valor humano, de patria de hombres libres, purificaba la tierra y los hombres mancillados. Francia volvería a ser Francia y España volvería a ser España. Porque nuestro fervor por la Francia republicana se alimenta de nuestro fervor por la España republicana; porque su vecindad y la identidad de ideas y la desgracia común hacen ya inseparables el destino de una y otra en las luchas europeas por la libertad.

El católico De Gaulle comenzó dando a su movimiento revolucionario un lema místico: la cruz de Lorena, símbolo del culto nacional a Juana de Arco. Pero el impulso revolucionario había de superarlo. Yo, por mi parte, releí "La Pucelle" de Voltaire, porque cada cual tiene su mística francesa, y no todos los creyentes rezan con el mismo devocionario. La victoria, como yo suponía, había de ser del sarcástico desterrado de Ferney, es decir, de nuestra Francia clásica, de la Francia de la Revolución.

El gran acierto político de Charles de Gaulle ha sido levantar a esa Francia eterna por encima de cualquier otro culto personal suyo. Por eso, su proclama, el 18 de junio de 1940, desde Londres, ha dado vida a este inmenso movimiento francés, europeo, revolucionario, purificador cuya iniciación han conmemorado ahora casi todos los franceses, demostrando lo concurrido de la ceremonia de este año que aquellos escasos adeptos de los tiempos primeros son hoy multitud; en realidad, son hoy toda Francia. Han pasado cuatro años. Hoy las tropas aliadas luchan ya en tierra francesa, para liberarla, y los heroicos soldados de la resistencia clandestina se disponen a dar el golpe mortal a la traición y a la tiranía. La voz de Francia que oímos aquel día de junio de 1940, suena aún en los oídos de los hombres libres de todo el mundo como lo que fueron las palabras de Charles de Gaulle: como una Marsellesa de esperanza.

C. E.

La España del brazo en alto

'Otras colas formábanse también junto a las puertas de las prisiones de Madrid. También allí mujeres del pueblo, en la mano un bote de conservas, lleno ahora de pringoso líquido, indescriptible de aspecto, y nadando en él unos pocos garbanzos y alguno que otro granito de arroz valenciano, esperando su turno para hacer llegar aquella bazofia al padre, al esposo o al hermano, que dentro aguarda su sentencia, por el tremendo delito de haber defendido la República. De tarde en cuando, asoma un guardia, fija su mirada en una de aquellas pobres mujeres, y le dice altanero y despectivo: "Oiga usted, señora, y eso que trae usted ahí ¿para quién es?" Y oído el nombre del destinatario, espeta implacable el carcelero: "Pues a ese hombre, desde mañana, no le hará ya falta comer". Y al día siguiente, la mujer ha de ir al cementerio a buscar el cadáver de un ser querido, y pasar las penas negras de pagar cinco pesetas, si quiere verlo después de muerto, y antes de que lo arrojen a una fosa común. Es la nueva España, la del brazo en alto. Muy ordenada y disciplinada, qué duda cabe, pero sembrada de residuos disolventes de rencores y propósitos obscuros de venganza, con tremendos odios que rugen en el fondo".—Coronel Arturo Bray, ex embajador del Paraguay en España. Del libro "La España del brazo en alto".

Ambos Aguardan

Hutton en el Philadelphia *Inquirer*.

UNA Y VAN...

RECTIFICANDO UNA FALSEDAD

Rectificando una noticia dada a la publicidad con la intención que cabe suponer, la Casa Regional Valenciana, se ha creído obligada a replicar con la siguiente nota:

"Con el mismo asombro que la mayoría de los valencianos, la Directiva de **Casa Regional Valenciana**, ha leído en la prensa capitalina de fecha 9 del mes en curso, un suelto por el cual se afirma, que los valencianos residentes en nuestra capital decidieron constituir un comité adherido a la Junta Suprema de Unión Nacional que se dice actúa clandestinamente en España."

"La Junta Directiva de **Casa Regional Valenciana** declara a este respecto: **que nadie está autorizado actualmente, en materia política, para arrogarse la representación de todos los valencianos, y que si es valenciano el que tal hace, no merece serlo.** La Casa Regional Valenciana, en bien de la convivencia de todos los valencianos, permanece al margen de toda cuestión política, ya que ésta pueden realizarla sus asociados en sus respectivos partidos. Por tanto, **los valencianos residentes en México, como tales valencianos, no han hecho manifestación alguna de adhesión a esa Junta Suprema de Unión Nacional.**

"Rechazamos esas manifestaciones por cuanto tienen de falsas y poco serias y desearíamos que en la cuestión valenciana, el amor a la Región y la exaltación de todos sus valores, se antepusiera a todo sectarismo político, y que nuestra **República**, aspiración suprema de todo valenciano y de todo español, sea defendida, pero con la alteza de miras que debe caracterizar a hombres que han sabido luchar y sufrir por tan alto ideal."

POR LA JUNTA DIRECTIVA

Presidente, Francisco de Llano; Vicepresidente, Marín Civera e Isidro Sánchez; Secretario, Rafael Bohorques; Vicesecretarios, Pascual Aragonés y Serafín Aliaga; Tesorero, José Cañizares; Contador, Angel Espinós; Vocales, Mercedes Maestre, José Saborit y Enrique Tierno.